

El marqués volvió á Siracusa. Don Fernando le esperaba con impaciencia, de que es fácil formarse una idea, y mientras le esperaba, y por no perder tiempo habia hecho ensillar su mejor caballo. Al saber que todo estaba arreglado segun sus deseos, abrazó al marqués, abrazó á la marquesa, bajó las escaleras como un loco, saltó sobre su caballo y se lanzó al galope por el camino de Catania. Sus padres le vieron desde el balcon desparecer en un torbellino de polvo.

— ¡Desgraciado hijo! exclamó la marquesa, se va á estrellar.

— No hay peligro, respondió el marqués; mi hijo monta á caballo como Belerofonte.

Cuatro horas despues, don Fernando estaba en Catania. No hay para que decir, que la superiora estuvo para desmayarse de sorpresa y Carmela de alegría.

Tres semanas despues eran desposados los jóvenes en la catedral de Siracusa, no habiendo querido don Fernando que la ceremonia se verificase en la capilla de los marqueses de San Floridio por temor de que la sangre que habia visto coagulada sobre las baldosas no le trajese la desgracia.

Levantóse el ladrillo marcado con una cruz que estaba al pié de la cama de Cantarello y se encontraron allí los 60,000 ducados.

Era la dote que don Fernando habia reconocido á su mujer.

UN TIBURON.

Habíamos visto en Siracusa todo lo que Siracusa podia efrecernos de curioso, no nos quedaba ya que hacer allí sino la provision obligada de vino; nos consagramos toda la tarde á esta importante adquisicion; en la misma noche, hicimos llevar nuestras pipas al Speronare, á donde las seguimos inmediatamente despues de haber abrazado á nuestro sabio y amable cicerone, que al separarse de nosotros nos dió cartas para Palermo.

Hallamos, como siempre, alegre la tripulacion, dispuesta y preparada á la partida; ninguno habia allí, hasta nuestro cocinero, que no hubiese empleado aquellos dos dias de descanso para reponerse; nos aguardaba sobre el puente dispuesto á hacernos la cena, porque el pobre diablo, preciso es decirlo, estaba lleno de buena voluntad, y siempre que podia sostenerse en sus piernas se aprovechaba de aquel momento para correr á sus marmitas. Desgraciadamente habíamos comido con Gargallo, lo que nos dejaba en la imposibilidad de aprovecharnos de su buena disposicion con respecto á nosotros. A nuestra negativa volvió sus ojos hácia Milord,

que estaba siempre dispuesto y que se tragaba él solo, con la adición conveniente de pan y patatas, el macaroni destinado á Jadin y á mi, circunstancia que, estoy seguro de ello, ha dejado en su memoria un buen recuerdo del modo como se come en Siracusa.

Habíamos dejado al capitán un poco indispuerto de un reumatismo en los riñones; de buen ó mal grado me habia sido preciso hacer de médico y habia mandado fricciones con el aguardiente alcanforado. El capitán habia usado ya del remedio; sea ilusión, sea realidad, pretendia á nuestra vuelta hallarse mejor y se prometia continuar la prescripción.

El tiempo era magnífico. Lo he dicho ya, nada hay tan bello, nada tan poético como una noche en las costas de Sicilia, entre ese cielo y ese mar que parecen dos sábanas de lapislázuli bordadas de oro; permanecemos así sobre el puente bastante tarde, jugando á no sé qué juego, inventado por la tripulación y en el que el que perdía se veía obligado á beber un vaso de vino. Excusado es decir, que en dos ó tres lecciones llegamos á ser mucho mas diestros que nuestros maestros, y que nuestros marineros perdian siempre: Pedro, sobre todo, tenia una desgracia capaz de desesperar.

Hacia media noche nos retiramos á nuestra tienda, dejando el puente á disposición del capitán, que acababa de colocar en él una especie de plataforma sobre la que se acostaba boca abajo á fin de dar mas facilidad á Giovanni para ejecutar la prescripción que yo le habia dispuesto respecto á los reumatismos de su patrón; mas apenas estábamos en la cama, cuando oímos un grito

penetrante. Nos precipitamos Jadin y yo hacia la puerta, y llegamos á tiempo de ver el puente cubierto de llamas y de en medio de aquellas llamas desprenderse una especie de diablo todo encendido, y de un salto se lanzó por encima del filarete y fué á hundirse en la mar, mientras que su compañero, á quien solo el brazo se le quemaba, corria arrojando aullidos de condenado pidiendo socorro. Permanecemos un instante sin comprender mas que la tripulación de toda aquella aventura, cuando la cabeza de Nunzio apareció por encima de la tienda, y se oyó esta orden:

— Abajo la vela y aguardemos al capitán que está en la mar.

La orden fué ejecutada en el acto y con esa puntualidad pasiva que forma el carácter particular de la obediencia de los marineros. La vela se deslizó á lo largo del mástil y se abatió sobre el puente; casi al instante el pequeño buque se detuvo como un pájaro al que se cortara el ala y se oyó la voz del capitán que pedia una cuerda; un instante despues, gracias al objeto pedido, el capitán habia vuelto á bordo.

Entonces todo se explicó.

Para mas eficacia, Giovanni habia entibiado el aguardiente alcanforado, y armado de un guante de flanela frotaba con él los riñones del capitán, cuando al llevar la mano del plato donde estaba el líquido á la espina dorsal del patrón se habia prendido fuego en la luz que alumbraba la operación; el fuego se habia comunicado inmediatamente de la mano del operador á la nuca del paciente, y de la nuca del paciente á todas las partes del

cuerpo, humedecidas por el específico. El capitán se había sentido de repente quemado por el mismo fuego que Hércules, para apagarlo había acudido á lo mas próximo y se había lanzado al mar. El era quien había arrojado el grito que oímos y el que vimos pasar como un metéoro. Su compañero de infortunio era el pobre Giovanni, cuyo brazo envuelto en su guante de flanela ardía desde las puntas de los dedos hasta el codo y que no teniendo ningún motivo para hacer el Mucio Scévola corría por el puente gritando como un endemoniado.

Examinadas las partes que habían sufrido lesión, se vió que el capitán tenía las espaldas achicharradas y Giovanni la mano á medio asar. Buscáronse en el mismo instante todas las zanahorias que había á bordo, y con sus raspaduras se hizo una compresa circular para la mano de Giovanni y una cataplasma de tres piés de longitud para los riñones del capitán; en seguida el capitán se acostó boca abajo, Giovanni de lado, la tripulación como pudo, nosotros como quisimos, y todo volvió á entrar en órden.

Nos despertamos cuando doblamos el promontorio de Passaro, el antiguo cabo Pachinum, el ángulo mas agudo de la antigua Trinacria. Era la primera vez que encontraba en falta á Virgilio. Sus *altas cantes projectaque saxa Pachini*, habían disminuido para ofrecer á la vista una costa baja que se sumerge casi insensiblemente en el mar. Desde el día en que el autor de la Eneida, escribía su tercer canto, el Etna, es verdad, ha hecho tan á menudo de las suyas, que el nivel que da un métrís al armonioso hexámetro de Virgilio, podría muy bien

ser obra suya; sea hecha esta suposición sin ofenderle: no se presta sino á los ricos.

El viento había amainado de repente y marchábamos solo al remo bordeando las costas á un cuarto de legua de distancia, lo que nos permitía seguir con la vista todos sus accidentes y recorrer con una mirada todas sus sinuosidades. De cuando en cuando nos distraía de nuestra contemplación alguna gaviota que pasaba á tiro, y á la que hacíamos un disparo, ó alguna dorada que subía á la superficie del agua y á la que lanzábamos el harpon. Estaba la mar tan bella y trasparente, que atravesaba la vista una profundidad casi infinita. De cuando en cuando en el fondo de aquel abismo de lapisláuzli brillaba de repente un relámpago plateado; era algun pescado que sacudía el agua con un coletazo, y que desaparecía asustado por nuestro paso. Solo uno que parecia de la dimensión de un sollo ordinario nos seguía á una profundidad incalculable, casi sin movimiento y mecido por el agua. Tenia yo los ojos fijos sobre aquel pescado hacia cerca de diez minutos, cuando Jadin, viendo mi preocupacion, vino junto á mí á informarse de lo que la causaba. Le enseñé mi cetáceo, que al principio le costó algun trabajo descubrir, pero que acabó por distinguir tan bien como yo. Bien pronto sucedió lo que en París cuando se detiene uno en un puente y mira hácia la ribera. Pietro, que pasaba con media docena de chuletas, que debían constituir la parte sustanciosa de nuestro almuerzo, se aproximó á nosotros, y siguiendo la dirección de nuestras miradas, llegó á ver tambien el objeto que las atraía: pero con gran admiración nu. s-

tra, aquel espectáculo pareció causarle una impresion tan desagradable, que nos apresuramos á preguntarle qué pescado era aquel que nos seguia tan obstinadamente. Pietro se contentó con menear la cabeza, y despues de respondernos : — Es un mal pescado, continuó su camino hácia la cocina y desapareció por la escotilla. Como esta respuesta estaba lejos de satisfacernos, llamamos al capitan, que acababa de aparecer sobre el puente, y sin tener tiempo de preguntarle cómo iba de su reumatismo, renovamos nuestra pregunta. Miró un instante, y en seguida, dejando escapar un gesto de disgusto :

— *C'è un cane marino*, nos dijo, é hizo un movimiento para alejarse.

— ¡Diantre, capitan! dije deteniéndole, pareceis muy disgustado. ¿*Un cane marino*? pero es un tiburón, ¿no es eso?

— No, precisamente, replicó el capitan, pero es un pescado de la misma especie.

— Entonces es un diminutivo de tiburón, dijo Jadin.

— No es de los mayores que pueden verse, respondió el capitan, pero tendrá seis ó siete piés de largo

— ¡Burlon de capitan! dijo Jadin.

— Es la verdad exáctamente.

— Decid, pues, capitan, ¿no habria medio de pescarle? pregunté yo.

El capitan movió la cabeza.

— Nuestros hombres no querrán, dijo.

— Y eso ¿porqué?

— Es un mal pescado.

— Razon mas para desembarazar de él nuestro camino.

— No, hay un proverbio siciliano que dice que todo buque que coge al mar un tiburón vuelve un hombre al mar.

— Pero en fin, ¿no se le podria ver mas cerca?

— ¡Oh! eso es fácil; echadle alguna cosa y vendrá.

— Pero ¿el qué?

— Lo que querais; no es delicado. Desde un manajo de velas hasta una chuleta de vaca, aceptará todo.

— Jadin, no perdais de vista al animal; vuelvo.

Corrí á la cocina y á pesar de los gritos de Giovanni, que estaba para echar las chuletas en la sarten, cogí un pollo que acababa de matar y desplumar con anticipacion para nuestra comida. En el momento de poner el pié en la escalera, oí tan profundos suspiros, que me detuve para mirar quién los exhalaba. Era Cama, á quien habia atacado el mareo, y que sabiendo nos seguia un tiburón, se figuraba, segun la supersticion de los marineros, que estaba allí en su espera. Procuré tranquilizarle, pero viendo que perdía mi tiempo, volví á mi lija. Continuaba siempre en el mismo sitio, pero el capitan habia abandonado el suyo y habia ido á hablar con el piloto, dejándonos el campo libre, curioso como estaba de asistir á lo que iba á pasar entre nosotros y el tiburón. Por lo demás, los cuatro marineros que remaban, habian abandonado sus remos, y apoyados en el filarete á pocos pasos de nosotros, parecian entretenerse, por su parte, con el importante suceso que debia tener lugar.

El tiburón estaba siempre inmóvil, y se mantenía casi á la misma profundidad.

Até una piedra de nuestro lastre al cuello del pollo, y le arrojé al agua en la dirección del tiburón.

Hundiase el pollo lentamente y había llegado ya á unos veinte piés de profundidad, sin que aquel á quien estaba destinado hubiese demostrado inquietarse por él en lo mas mínimo, cuando nos pareció, sin embargo, ver la lija aumentar en proporciones visiblemente. En efecto, á medida que el pollo bajaba, subía él para colocarse delante. Al fin cuando no estuvieron sino á algunas brazas el uno del otro, el tiburón se volvió sobre el lomo y abrió su boca, donde incontinenti desapareció el pollo. En cuanto al guijarro que habíamos atado á él para hacerle descender, no vimos que nuestro convidado se inquietase por él de ningún modo; pero ya engolosinado con aquel prelude, continuó subiendo, y por consecuencia agrandando. Por fin llegó hasta una braza ó braza y media bajo la superficie del mar, y tuvimos que reconocer la verdad de lo que nos había dicho el capitán: el pretendido sollo tenía cerca de siete piés de longitud.

Entonces, á pesar de todas las recomendaciones del capitán, nos volvió el deseo de pescar el tiburón. Llamamos á Giovanni, que creyendo que estábamos impacientes por nuestro almuerzo, apareció en lo alto de la escalera con las chuletas en la mano. Le dijimos que se trataba de otra cosa, y le enseñamos el tiburón, rogándole fuese á buscar un harpon, y prometiéndole un luis si llegaba á cogerle; pero Giovanni se contentó con me-

near la cabeza, y dejando nuestras chuletas sobre una silla, se marchó diciendo:

— ¡ Oh! excelencia, es un mal pescado.

Conocía demasiado á mis sicilianos, para esperar poder conseguir vencer una repugnancia tan universalmente manifestada; así, no fiándome en nuestra destreza para lanzar el harpon, no teniendo á bordo un anzuelo bastante grande para pescar un monstruo semejante, resolví acudir á nuestras escopetas. En consecuencia dejé á Jadin en observación, diciéndole, que si el tiburón hacía intención de irse le entretuviese con las chuletas, cerca de las que Milord había ido á sentarse, mirándolas de lado con un aire de concupiscencia imposible de describir, y corrí á la tienda para mudar la carga de mi escopeta; eché dos cartuchos con bala en cada cañón; la carabina estaba ya cargada con lingotes; luego volví al puente.

Todo estaba en el mismo estado: Milord observando las chuletas, Jadin observando el tiburón, y el tiburón teniendo el aspecto de observarnos.

Di la carabina á Jadin y yo me quedé con la escopeta; luego llamamos á Pietro para que arrojase una chuleta al tiburón con el objeto de aprovecharnos del momento en que el animal la fuese á buscar á la superficie del agua para disparar sobre él; pero Pietro nos respondió que era ofender á Dios alimentar perros de mar con chuletas de vaca, cuando no dábamos mas que los huesos al pobre *Milord*. Como esta respuesta equivalía á una negativa, resolvimos hacerlo por nosotros mismos. Transporté el plato de la silla al filarete; convenimos en

arrojar primero una chuleta de ensayo y no hacer fuego hasta la segunda, á fin de que el pescado, perfectamente engañado, se entregase á nosotros sin desconfianza, y comenzamos la representacion.

Todo pasó como lo habíamos previsto. Apenas la chuleta estuvo en el agua, cuando el tiburón avanzó hácia ella con un solo movimiento de cola, y renovando la maniobra que le habia salido tan bien con respecto al pollo, volvió su argentado vientre, abrió su ancha boca armada de dos filas de dientes, y se tragó la chuleta con una glotonería que probaba que si estaba acostumbrado á la carne cruda, cuando la ocasion se le presentaba, no despreciaba la carne condimentada.

La tripulacion nos habia mirado con un sentimiento de pesar en el que visiblemente tomaba parte Milord, que habia seguido el plato desde la silla al filarete, y que estaba sobre el banco mirando por encima de bordo, pero habíamos avanzado demasiado para retroceder, y á pesar de la desaprobacion general, que únicamente el respeto que se nos tenia impedía manifestar en voz alta, cogí una segunda costilla, midiendo la distancia para tener al tiburón á diez pasos, y á través la arrojé al mar, llevando al mismo tiempo la mano á la garganta de la escopeta para estar pronto á disparar.

Mas apenas hice aquel movimiento, arrojó un grito Pietro, y oímos el ruido de un cuerpo pesado que caía al mar. Era Milord que no habia creído que su respeto á las chuletas debiera extenderse mas allá del plato, y que viendo que nosotros éramos pródigos con un individuo que, en su opinion, no tenia mas derecho que él,

se habia arrojado por encima de bordo para ir á disputar su presa al tiburón.

La escena cambió de aspecto; la lija inmóvil, parecia vacilar entre la chuleta y Milord; entretanto, Pietro y Giovanni habian saltado sobre los remos y sacudian el agua para espantar al tiburón; al principio creímos que lo habian conseguido, porque el pescado se sumergió algunos piés; pero pasando á tres ó cuatro brazas por debajo de Milord, que sin inquietarse por él en lo mas mínimo continuaba nadando hácia la chuleta que no perdía de vista, volvió á aparecer detrás de él, subió casi á flor de agua, y con un solo movimiento, se lanzó, volviéndose sobre el lomo, hácia el que miraba como su presa. Al mismo tiempo se oyeron nuestros dos disparos: el tiburón sacudió el mar con un violento coletazo, haciendo saltar la espuma hácia nosotros, y sin duda gravemente herido, se sumergió en el mar, y luego desapareció, dejando la superficie del agua, hasta entonces de un bonito color lapislázuli, enturbiada por un ligero tinte sanguinolento.

En cuanto á Milord, sin fijar su atencion en lo que pasaba detrás de él, habia atrapado su chuleta, la que trituraba de un modo triunfal, volviendo hácia el *Spepronare*, mientras que con el tiro que me quedaba, estaba dispuesto á saludar al tiburón si tenia la audacia de presentarse de nuevo; pero el tiburón tenia lo bastante, segun parecia, y no le volvimos á ver ni de cerca ni de lejos.

Entonces se presentó una gran dificultad para Milord; mas fácil era para él saltar al mar, que volver á subir al

buque; pero, como se sabe, Milord tenia un amigo desinteresado en Pietro; en un instante la chalupa estuvo en el mar, y Milord en la chalupa. Allí fué donde terminó, con su flemma enteramente británica, de roer los últimos huesos de la chuleta que habia podido costarle tan cara.

Su vuelta á bordo fué una verdadera ovacion; Jadin tenia bastantes ganas de zurrarle para quitarle en lo sucesivo el gusto á la caza de chuletas; pero conseguí que no turbase nada la gloria de su triunfo, que él soportó por los demás, con su modestia acostumbrada.

Todo el día se pasó en comentar el suceso de la mañana. A eso de las tres nos encontramos en medio de una media docena de islotes, ó mas bien grandes escollos, como se llaman las Formiche. La tripulacion nos propuso descender á una de las rocas para comer, pero ya habia yo echado mi cálculo sobre una linda islita que se descubria á tres millas próximamente de nosotros, y sobre la que dí la orden de dirigirnos; estaba señalada en mi carta bajo el nombre de la isla Porri.

Era el día de las repugnancias: apenas habia dado esta orden, cuando se estableció una larga conferencia entre Nunzio, el capitan y Vicenza, y luego vino á decirme el capitan que se dirigiria, si continuábamos exigiéndolo, hácia el punto que yo designaba, pero que antes debia prevenirnos que tres ó cuatro meses antes, habian hallado en aquella isla el cadáver de un marinero que el mar habia arrojado allí. Le pregunté entonces qué habia sido del cadáver; me respondió que él y sus hombres le habian cavado un foso, y le habian enterrado

con decencia, como convenia á un cristiano, despues de lo que habian echado sobre la tumba todas las piedras que habian hallado en la isla, lo que formaba la pequeña elevacion que podíamos ver en el centro; además, de vuelta á la aldea Della Pace, le habian hecho decir una misa. Como el cadáver ya nada tenia que reclamar, sostuve la orden dada, y comenzando el apetito á dejarse sentir, invité á nuestros hombres á tomar sus remos: un instante despues, seis remeros estaban en sus puestos, y avanzábamos casi tan rápidamente como á la vela.

Durante este tiempo, levantó Nunzio la cabeza por detrás de la tienda; era comunmente señal de que habia algo que decirnos. Nos aproximamos, y nos contó, que antes de la toma de Argel esta pequeña isla habia sido una guarida de piratas que estaban allí en acecho, y que desde allí se lanzaban como aves de rapiña sobre todo lo que pasaba á su alcance. Un día que Nunzio se divertia en pescar, habia visto un peloton de aquellos bárbaros arrebatar un pequeño yacht que pertenecia al príncipe de Paterno, y en el que iba el mismo príncipe.

Este suceso habia dado lugar á un hecho que puede servir para juzgar el carácter de los grandes señores sicilianos.

El príncipe de Paterno era uno de los mas ricos propietarios de la Sicilia: los bárbaros, que sabian con quién trataban, tuvieron con él los mayores miramientos, y habiéndole conducido á Argel, le vendieron al dey por una suma de 100,000 piastras, 600,000 francos; era de balde. Así el dey no regateó de ningun modo

sabiendo de antemano lo que podia ganar con la mercancía, pagó 100,000 piastras, é hizo le llevasen su príncipe de Paterno para tratar con él de poder á poder.

Pero á la primera palabra que el dey dijo al príncipe del objeto por el cual le habia hecho llamar, el príncipe le contestó que no se mezclaba jamás en negocios de dinero, y que si el dey tenia que arreglar con él alguna cosa parecida, no tenia mas que entenderse con su mayordomo.

El dey de Argel no era delicado, volvió á enviar al príncipe de Paterno, é hizo venir al mayordomo. La discusion fué larga; en fin, quedó convenido que el rescate del príncipe y de su acompañamiento se fijaria en 600,000 piastras, es decir, 4,000,000 próximamente, pagaderos en dos cantidades iguales: 300,000 piastras al espirar el tiempo pedido para que el mayordomo volviere á Sicilia y llevase aquella suma; y otras 300,000 piastras á los seis meses á contar desde aquella fecha. Se trató además, que satisfecho el primer plazo, el príncipe y toda su comitiva estarian libres: el segundo plazo tenia por garantía la palabra del príncipe.

Como se ve, el dey de Argel habia hecho muy buena especulacion; ganaba 3,500,000 francos de una mano á otra.

El mayordomo partió y volvió el dia fijado con sus 300,000 piastras: por su parte el dey de Argel, fiel observador de la fe jurada, apenas tocó la suma, declaró libre al príncipe, le volvió su yacht, y para mas seguridad le dió un salvo-conducto.

El príncipe volvió con felicidad á Sicilia, con gran

alegría de sus vasallos, que le amaban mucho, y á los que dió fiestas en las que gastó aun 1,500,000 francos próximamente. Despues dió orden á su mayordomo de ocuparse en reunir las 300,000 piastras que quedaba á deber al dey de Argel.

Las 300,000 piastras estaban reunidas, é iban á ser conducidas á su destino, cuando el príncipe de Paterno recibió un paquete sellado, que como de costumbre remitió á su mayordomo. Era una prohibicion que el rey de Nápoles ponía en sus manos, y una orden de depositar la suma destinada al dey de Argel en el tesoro de su majestad napolitana.

El mayordomo fué á anunciar esta nueva al príncipe. El príncipe de Paterno preguntó á su mayordomo lo que queria decir aquello.

Entonces el mayordomo hizo saber al príncipe, que habiendo declarado el rey de Nápoles, hacia quince dias, la guerra á la regencia de Argel, habia creído que seria mala politica enriquecer á su enemigo, y comprendia que seria politica excelente enriquecerse él mismo. De ahí la orden dada al príncipe de Paterno de depositar el resto de su rescate en los cofres del Estado.

La orden era terminante, y no habia medio de evadirse de ella. Por otra parte, el príncipe habia dado su palabra, y no queria faltar á ella. Consultado el mayordomo, respondió que las arcas de su excelencia estaban vacías, y que era preciso aguardar á la próxima cobranza para llenarlas.

El príncipe de Paterno, fiel súbdito, empezó por depositar en manos de su soberano las 300,000 piastras

que habia reunido; despues vendió sus diamantes y su vajilla, que le produjo otras 500,000, y el dey las recibió al tiempo fijado.

Algunos pretendieron que el mas corsario de los dos monarcas no era el que habitaba del otro lado del Mediterráneo.

En cuanto al príncipe de Paterno, jamás dió su parecer sobre esa delicada apreciacion, y siempre que se le habló de aquella aventura, respondió que se tenia por muy dichoso y honrado, por haber podido prestar aquel servicio á su soberano.

Pero hablando de esto con Nunzio, avanzamos hácia la isla. Tendria como ciento cincuenta pasos de circunferencia, despojada de árboles, pero toda cubierta por una vegetacion fuerte. Cuando estuvimos distantes de ella de doscientos á trescientos pasos, echamos ancla, y se arrojó la chalupa al mar. Entoncees un centenar de pájaros que la poblaban volaron dando fuertes graznidos. Disparé un tiro en medio de la banda; cayeron dos.

Bajamos á la lancha que nos dejó en tierra y volvió despues á bordo á buscar lo necesario para nuestra comida. Una especie de roca excavada, y que habia servido ya para lo mismo, fué convertida en chimenea; cinco minutos despues tenia un magnífico fuego, en el que daba vueltas un asador confortablemente provisto.

Mientras se hacian estos preparativos, recobrábamos nuestros pájaros y visitábamos nuestra isla. Aquellos pájaros eran de la especie de las paviotas; uno de

ellos no tenia mas que el ala rota. Pietro le hizo la amputacion del miembro fracturado; despues el paciente fué inmediatamente trasportado á bordo, donde la tripulacion creia que se domesticaria perfectamente.

La lancha que le conducia trajo á Cama. El pobre diablo cada vez que el buque se detenia volvia á recobrar sus fuerzas, y bien ó mal se sostenia en sus piernas. Habia visto la isla, y como no se quebrantaba sino á medias la prohibicion que se le habia hecho de ir á tierra, Pietro habia tenido lástima de él, y nos le enviaba con una marmita en cada mano.

Entretanto hacíamos el inventario de nuestra isla. Los piratas que la habian habitado tenian sin duda una grande predileccion por las cebollas, porque aquellas altas yerbas que habíamos visto de lejos, y por entre las cuales nos abríamos paso á duras penas, no eran otra cosa que cebollas espigadas. Así apenas habíamos dado cincuenta pasos en aquella especie de huerta, cuando llorábamos á lágrima viva. Era comprar demasiado cara una investigacion que no prometia nada de nuevo para la ciencia. Volvimos, pues, á sentarnos cerca de nuestro fuego, delante del cual el capitán acababa de hacer trasportar una mesa y sillas. Nos aprovechamos al momento de aquella atencion, Jadin retocando hocetos sin concluir, y yo escribiendo á algunos amigos.

Aparte de aquellas desgraciadas cebollas, conservé pocos recuerdos tan pintorescos como el de nuestra comida, compuesta cerca de la tumba del pobre marinero ahogado, en aquella pequeña isla, antigua guarida

de piratas, en medio de nuestra tripulación, alegre, cantando y diligente. La mar estaba magnífica y el aire tan puro, que descubríamos á dos ó tres leguas en las tierras, los menores detalles del paisaje; así permanecimos en la mesa hasta que cerró la noche completamente.

Hacia las nueve de la noche, una brisa agradable se levantó que venia de tierra; era lo mejor que podíamos desear. Como la costa de Sicilia, desde el cabo Passaro á Girgenti, no presenta nada de curioso, habia prevenido al capitán que pensaba, si era posible, tocar en la isla de Pantelleria, la antigua Cossire. El acaso servia nuestros deseos, así el capitán nos invitó á apresurarnos á subir á bordo. No perdimos mas tiempo en acceder á su invitación, que el preciso para prender fuego á las yerbas secas de que estaba cubierta la isla. Así en un instante toda estaba llena de llamas.

Iluminados por este faro inmenso, nos dimos á la vela, saludando con dos disparos de escopeta la tumba del pobre marinero ahogado.

IL SIGNOR ANGA.

Al día siguiente, cuando nos despertamos, las costas de Sicilia apenas eran visibles. Como el viento habia continuado siéndonos favorable, habíamos caminado unas quince leguas toda la noche. Era la tercera parte de la distancia, sobre poco mas ó menos, que teníamos que recorrer. Si el tiempo no cambiaba, habia, pues, probabilidad de que llegásemos antes de la madrugada del día siguiente á Pantelleria.

Hacia las tres de la tarde en el momento en que fuéramos tendidos en nuestros lechos grandes pipas turcas de excelente tabaco del Siná, que nos habia dado Gargallo, nos llamó el capitán. Como sabíamos que no nos turbaba nunca, á menos que hubiese una causa importante, nos levantamos al punto y fuimos al puente, donde se hallaba. Entonces nos hizo notar á una media legua de nosotros á la derecha y delante, un salto de agua, que semejante á un manantial de surtidor, se elevaba á unos piés por diez encima del mar. Le preguntamos la causa de aquel fenómeno. Era todo lo que quedaba de la famosa isla Julia, cuya fantástica his-